

Orientación socio-ocupacional y el papel del docente orientador en la educación secundaria en Colombia: una reflexión crítica desde la brecha entre política e implementación

Socio-occupational guidance and the role of school counselors in secondary education in Colombia: a critical analysis of the policy–practice gap

Katterine Tristancho Cleves

Magíster en Dirección y Gestión de Centros Educativos
Institución Educativa Departamental (IED), Sabio Mutis. Colombia

katterine.tristancho-c@up.ac.pa
<https://orcid.org/0009-0009-2324-9988>

Recibido. 08 de mayo de 2026.

Aceptado. 17 de agosto de 2026.

URL: https://relaticpanama.org/_journals/index.php/educaf5-berit/article/view/244

DOI: <https://doi.org/10.66707/qksjk869>

Resumen

Objetivo: Analizar críticamente la brecha entre las políticas de orientación socio-ocupacional y su implementación en la educación secundaria en Colombia, con énfasis en el rol del docente orientador en la construcción de proyectos de vida y la transición hacia la educación superior.

Metodología: Se adopta un enfoque cualitativo de carácter sociocrítico, basado en la revisión documental de políticas públicas (MEN 2013–2022), literatura académica y análisis interpretativo de experiencias en contextos de educación básica secundaria y media.

Resultados: Se identifican tensiones entre el diseño normativo de las políticas y su aplicación en las instituciones educativas, evidenciadas en la sobrecarga laboral del docente orientador, la insuficiencia de recursos y la débil articulación entre niveles del sistema educativo, especialmente en contextos de desigualdad.

Conclusiones: La orientación socio-ocupacional constituye un eje estratégico para la equidad educativa; no obstante, su efectividad depende de la reducción de la brecha entre política e implementación, el fortalecimiento institucional y el reconocimiento del docente orientador como actor clave del desarrollo humano.

Palabras Clave: orientación socio-ocupacional, docente orientador, políticas públicas educativas, transición educativa, educación básica secundaria y media.

Abstract

Objective: To critically analyze the gap between socio-occupational guidance policies and their implementation in secondary education in Colombia, with an emphasis on the role of the school counselor in the construction of life projects and the transition to higher education.

Methodology: A qualitative approach with a socio-critical perspective was adopted, based on the documentary review of public policies (MEN 2013–2022), academic literature, and the interpretive analysis of experiences in lower and upper secondary education contexts.

Results: Tensions were identified between the normative design of policies and their implementation in educational institutions, evidenced by the school counselor's workload, insufficient resources, and weak articulation across levels of the education system, particularly in contexts of inequality.

Conclusions: Socio-occupational guidance constitutes a strategic axis for educational equity; however, its effectiveness depends on reducing the gap between policy and implementation, strengthening institutions, and recognizing the school counselor as a key actor in human development.

Keywords: socio-occupational guidance, guidance teacher, educational public policies, educational transition, basic secondary and high school education.

Introducción

La educación de hoy necesita cambiar para responder a las necesidades reales de los estudiantes. Ya que no basta con enseñar contenidos; los jóvenes también necesitan aprender a tomar decisiones, conocerse a sí mismos y prepararse para el mundo actual lleno de cambios sociales, tecnológicos y laborales. Por eso, la escuela tiene el reto de formar personas críticas, autónomas y capaces de construir un proyecto de vida con sentido.

Muchos estudiantes, especialmente en instituciones educativas públicas, tienen dificultades para continuar sus estudios después del bachillerato. Problemas económicos, falta de información sobre carreras, poca orientación y desigualdades entre zonas urbanas y rurales reducen las oportunidades. En este contexto, la orientación socio-ocupacional se vuelve muy importante, porque ayuda a los jóvenes a reconocer sus habilidades, entender su realidad y tomar decisiones informadas sobre su futuro académico y laboral.

Dentro de este proceso, el docente orientador cumple un papel fundamental. No solo orienta sobre carreras, sino que también escucha a los estudiantes, los apoya en situaciones personales y los motiva a seguir estudiando. Sin embargo, su trabajo se dificulta por la gran cantidad de estudiantes que debe atender, la falta de recursos y la poca conexión entre las políticas educativas y lo que realmente ocurre en las escuelas. Esto crea una distancia entre lo que se propone en los documentos oficiales y la realidad que viven docentes y estudiantes.

Por esta razón, es necesario reflexionar sobre cómo las políticas de orientación socio-ocupacional influyen en la transición de los estudiantes hacia la educación superior y cómo el docente orientador enfrenta este reto en su trabajo diario. Surge entonces la pregunta: ¿Cómo se configura la brecha entre las políticas de orientación socio-ocupacional y su implementación en la educación secundaria en Colombia, y de qué

manera incide en el rol del docente orientador y en la construcción de proyectos de vida de los estudiantes?

El propósito de este ensayo es analizar críticamente dicha relación, identificando tensiones, limitaciones y posibilidades de transformación desde una perspectiva sociocrítica. Se busca comprender sus alcances, dificultades y posibilidades de mejora, resaltando la necesidad de fortalecer este proceso para lograr una educación más justa e inclusiva.

Este análisis se basa en la revisión de documentos y aportes teóricos sobre educación, equidad y desarrollo humano, lo que permite entender la orientación socio-ocupacional como una práctica que puede ayudar a cerrar brechas sociales y ofrecer mejores oportunidades a los estudiantes. En consecuencia, este ensayo invita a reflexionar sobre la importancia de apoyar la labor del docente orientador y fortalecer la orientación socio-ocupacional, para que los jóvenes no solo sueñen con un mejor futuro, sino que tengan verdaderas oportunidades de alcanzarlo.

La orientación socio-ocupacional: una oportunidad para ampliar libertades

La orientación socio-ocupacional en la educación básica secundaria y media es mucho más que ayudar a los estudiantes a escoger una carrera o un oficio. Se trata de acompañarlos para que se conozcan mejor, descubran sus capacidades y comprendan las oportunidades reales que existen en su entorno. En esta etapa de la vida, los jóvenes empiezan a tomar decisiones que pueden influir en su futuro educativo, laboral y personal, por lo que necesitan apoyo para hacerlo de manera informada y realista.

De acuerdo con Sen (1999), el desarrollo humano consiste en ampliar las libertades reales de las personas. Esto quiere decir que no basta con que existan opciones educativas o laborales en teoría; los estudiantes deben tener condiciones reales para acceder a ellas. Por ejemplo, un joven puede querer estudiar medicina, pero si vive en una zona rural con pocas oportunidades, sin recursos económicos o sin acceso a buena educación previa, esa opción no es realmente libre. En este sentido, la

orientación socio-ocupacional debe ayudar a los estudiantes a reconocer sus posibilidades reales y a encontrar caminos viables para construir su proyecto de vida.

En la educación secundaria y media, esta orientación cobra especial importancia porque es el momento en que los jóvenes exploran sus intereses, habilidades y valores. Según Super (1990), el desarrollo vocacional es un proceso que ocurre a lo largo de la vida y que en la adolescencia entra en una etapa clave: la exploración. Durante este periodo, los estudiantes prueban ideas sobre quiénes quieren ser y qué desean hacer en el futuro. Por eso, la escuela debe ofrecer espacios de reflexión, diálogo y experiencias que les permitan conocerse y tomar decisiones con mayor seguridad.

Además, Ginzberg (1972) señala que la elección ocupacional no es una decisión única, sino un proceso que se construye con el tiempo, influido por factores personales y sociales. Esto significa que las decisiones de los jóvenes están relacionadas con su familia, su comunidad, sus recursos y las oportunidades disponibles. Por ello, la orientación socio-ocupacional debe tener en cuenta el contexto en el que viven los estudiantes y no presentar opciones que sean imposibles de alcanzar.

Desde otra mirada, Neef (1993) explica que las necesidades humanas no se reducen al dinero o al empleo. Las personas también necesitan afecto, identidad, participación, protección y sentido de pertenencia. Por eso, orientar no es solo hablar de carreras o trabajos, sino ayudar a los jóvenes a construir una vida con sentido, donde se sientan valorados y capaces de aportar a su comunidad. Un estudiante puede encontrar realización no solo en una profesión, sino también en su rol como líder comunitario, emprendedor o agente de cambio en su territorio.

En muchos países, la educación secundaria y media enfrenta el reto de preparar a los jóvenes para un mundo cambiante, con nuevas profesiones, tecnologías y formas de trabajo. Según la UNESCO (2015), la educación debe desarrollar competencias para la vida, como el pensamiento crítico, la toma de decisiones y la capacidad de adaptarse

a diferentes contextos. La orientación socio-ocupacional contribuye a este propósito, ya que ayuda a los estudiantes a comprender sus intereses y a relacionarlos con las necesidades del entorno.

Sin embargo, existen desigualdades que limitan las oportunidades de los jóvenes. Factores como la pobreza, la ubicación geográfica y la calidad educativa influyen en las decisiones que pueden tomar. Por ello, la orientación debe ser un proceso inclusivo que reconozca estas diferencias y ofrezca alternativas realistas, evitando generar frustración o expectativas inalcanzables.

En Colombia, la orientación socio-ocupacional en la educación básica secundaria y media es especialmente importante debido a las desigualdades sociales y territoriales. Muchos estudiantes enfrentan barreras como la falta de recursos económicos, el acceso limitado a la educación superior y las pocas oportunidades laborales en sus regiones. Según el Ministerio de Educación Nacional (MEN, 2013), la orientación escolar debe apoyar a los estudiantes en la construcción de su proyecto de vida, teniendo en cuenta sus intereses, capacidades y las realidades del contexto.

En zonas rurales, por ejemplo, los jóvenes suelen tener menos acceso a información sobre carreras, becas o programas de formación técnica. Además, factores como la necesidad de trabajar tempranamente o migrar a las ciudades influyen en sus decisiones. En este sentido, la orientación socio-ocupacional debe reconocer las potencialidades del territorio y promover alternativas como la educación técnica, el emprendimiento y los proyectos productivos locales.

Asimismo, García y Parra (2018) destacan que en Colombia la orientación escolar debe fortalecer la autoestima, la identidad y la participación de los jóvenes, especialmente en contextos vulnerables. Esto permite que los estudiantes se reconozcan como sujetos con capacidades y derechos, capaces de transformar su realidad.

El docente orientador: clave para la equidad educativa

El docente orientador es una figura esencial en la educación básica secundaria y media, ya que acompaña a los estudiantes en aspectos que van más allá del aprendizaje académico. Su labor no se limita a orientar sobre carreras o resolver conflictos escolares; también acompaña a los estudiantes en aspectos emocionales, familiares, sociales y académicos. En una etapa de la vida marcada por cambios, dudas y decisiones importantes, el orientador se convierte en un apoyo fundamental para que los jóvenes comprendan su realidad y construyan su proyecto de vida.

En este sentido, Repetto (2002) explica que la orientación educativa debe verse como un proceso continuo que acompaña al estudiante durante toda su vida escolar. No se trata solo de actuar cuando surgen problemas, sino de crear condiciones para que los jóvenes desarrollen habilidades socioemocionales, aprendan a tomar decisiones bien informadas y enfrenten los retos propios de la adolescencia. Esto es especialmente importante en la educación secundaria y media, donde hay mayores riesgos de deserción escolar, bajo rendimiento académico y falta de motivación.

Asimismo, Tedesco (2012) señala que la escuela tiene la responsabilidad de ayudar a reducir las desigualdades sociales con las que llegan los estudiantes. En muchos casos, algunos jóvenes no cuentan con apoyo familiar, recursos culturales ni información sobre oportunidades educativas. Allí, el docente orientador puede convertirse en un puente entre la escuela y el futuro del estudiante, ayudándole a ampliar sus expectativas y a descubrir posibilidades que, de otra manera, no conocería.

Sin embargo, como explica Bourdieu (1986), la educación también puede reproducir desigualdades si no reconoce las diferencias en las condiciones de los estudiantes. Quienes tienen apoyo familiar, acceso a información y hábitos de estudio suelen tener más oportunidades de éxito. En cambio, los jóvenes de contextos vulnerables necesitan un acompañamiento más cercano para ingresar y permanecer en la educación superior. En este contexto, el docente orientador puede cumplir un papel

equilibrador, ayudando a reducir brechas y promoviendo oportunidades más justas para todos.

En términos generales, las políticas educativas conciben la orientación escolar como un derecho de los estudiantes y un servicio esencial para su desarrollo integral. Según OECD (2019), los sistemas educativos deben asegurar servicios de orientación con personal capacitado, recursos suficientes y una relación adecuada entre orientadores y estudiantes, de modo que se garantice un acompañamiento efectivo. Asimismo, la educación debe atender no solo el aprendizaje académico, sino también el bienestar emocional y el desarrollo personal de los estudiantes (UNESCO, 2015). Desde esta perspectiva, el docente orientador cumple un papel preventivo y formativo: promueve la convivencia, fortalece habilidades socioemocionales y acompaña la toma de decisiones vocacionales.

En Colombia, la orientación escolar está reconocida como parte del servicio educativo. El Ministerio de Educación Nacional (MEN, 2013) establece que la orientación debe contribuir al desarrollo humano, la convivencia escolar, la permanencia educativa y la construcción del proyecto de vida de los estudiantes. En la educación básica secundaria y media, el docente orientador tiene la responsabilidad de acompañar procesos socioemocionales, familiares y vocacionales, así como de apoyar la transición hacia la educación superior o el mundo laboral.

Sin embargo, en muchas instituciones públicas, la realidad muestra que un solo docente orientador debe atender entre 600 y 800 estudiantes (MEN, 2013). Esto hace muy difícil brindar un acompañamiento cercano, hacer seguimiento individual y desarrollar acciones preventivas de manera constante (García y Parra, 2018). Esta situación es preocupante si se compara con recomendaciones internacionales, que sugieren una proporción aproximada de un orientador por cada 250 estudiantes para garantizar una atención de calidad (American School Counselor Association, 2019). La

diferencia entre lo recomendado y lo que ocurre en la práctica muestra una brecha que afecta la orientación socio-ocupacional y el apoyo integral que necesitan los jóvenes.

Estudios como los de Sandoval (2015), muestran que en contextos escolares vulnerables el orientador se vuelve una figura clave para prevenir la deserción, la violencia escolar y el abandono de los proyectos educativos. Sin embargo, la sobrecarga de trabajo y la falta de recursos limitan su labor, obligándolo muchas veces a atender solo situaciones urgentes y dejando en segundo plano los procesos formativos a largo plazo.

Además, en zonas rurales y en las periferias urbanas, los orientadores enfrentan dificultades adicionales, como la falta de redes de apoyo, el acceso limitado a servicios de salud mental y las pocas oportunidades educativas y laborales para los jóvenes. En estos contextos, su papel va más allá de la escuela, ya que actúan como mediadores entre la comunidad, las familias y las instituciones, buscando apoyo y oportunidades.

Fortalecer el papel del docente orientador no debe verse como un gasto extra, sino como una inversión en la equidad educativa y en el desarrollo social. Como afirma Sen (1999), ampliar las capacidades de las personas significa crear condiciones reales para que puedan elegir su futuro. En este sentido, el orientador aporta a ese propósito, ya que ayuda a los estudiantes a reconocer sus capacidades, superar obstáculos y acceder a nuevas oportunidades.

Las desigualdades sociales afectan las decisiones educativas

Muchos estudiantes no abandonan sus estudios por falta de interés, sino por dificultades económicas, familiares o emocionales que afectan su vida diaria. La escuela espera que los jóvenes piensen en su futuro, pero esto es difícil cuando deben enfrentar problemas como la pobreza, la violencia, la falta de apoyo familiar o la necesidad de trabajar desde temprana edad. Maslow (1954) explica que las personas tienen necesidades básicas como alimentación, seguridad y afecto que deben satisfacerse

antes de proponerse metas más altas, como estudiar una carrera o planear un proyecto de vida. Esto significa que, si un estudiante tiene hambre, vive en un entorno inseguro o atraviesa conflictos familiares, difícilmente podrá concentrarse en su futuro educativo. Desde esta mirada, la orientación socio-ocupacional no puede limitarse a informar sobre carreras, sino que debe comprender la realidad del estudiante y ofrecer apoyo integral.

La normativa reconoce que la orientación escolar debe atender el desarrollo integral del estudiante. La educación debe promover el bienestar, la inclusión y la equidad, especialmente en contextos vulnerables (UNESCO, 2015). Esto conlleva que la orientación en secundaria y media debe ayudar a prevenir la deserción, fortalecer habilidades para la vida y acompañar decisiones sobre el futuro académico y laboral.

Tinto (1993) muestra que los estudiantes permanecen en la escuela cuando se sienten apoyados y comprendidos. Cuando la institución reconoce sus dificultades y ofrece acompañamiento, aumenta el sentido de pertenencia y disminuye el abandono escolar. Por ello, la orientación socio-ocupacional debe incluir apoyo emocional, trabajo con las familias y estrategias para enfrentar situaciones de crisis.

La deserción escolar sigue siendo mayor en contextos de pobreza, lo que confirma que las condiciones sociales influyen en las decisiones educativas. García y Parra (2018) muestran que factores como la falta de recursos, el trabajo infantil, la violencia y la escasa información sobre oportunidades educativas limitan las posibilidades de los jóvenes. Además, la pandemia por COVID-19 profundizó las brechas educativas. Muchos estudiantes abandonaron sus estudios por falta de internet, dispositivos tecnológicos o condiciones adecuadas para el aprendizaje en casa. Esta situación evidenció que la orientación escolar debe ir más allá de lo académico, incorporando acompañamiento emocional y estrategias para enfrentar crisis y adaptarse a nuevas realidades.

Comprender que las desigualdades sociales afectan las decisiones educativas permite replantear el papel de la orientación socio-ocupacional. No se trata solo de

orientar sobre qué estudiar, sino de ayudar a los estudiantes a enfrentar sus dificultades, fortalecer su autoestima y reconocer opciones reales para su futuro. El docente orientador cumple entonces un papel clave para reducir estas brechas. Su labor permite identificar riesgos de deserción, apoyar a estudiantes en situaciones difíciles y promover oportunidades educativas más justas. De esta manera, la orientación socio-ocupacional se convierte en una herramienta fundamental para avanzar hacia la equidad y garantizar que los jóvenes puedan construir un proyecto de vida digno, a pesar de las dificultades de su contexto.

La orientación como herramienta de transformación social

La orientación socio-ocupacional puede convertirse en una herramienta de cambio social cuando se entiende de forma crítica y comprometida con la realidad de los estudiantes. No solo de ayudarles a elegir una carrera, sino de acompañarlos para que comprendan su contexto, reconozcan sus capacidades y participen en la construcción de un futuro más justo. Freire (1970) plantea que la educación debe ayudar a las personas a ver su realidad para poder transformarla. En este sentido, orientar no significa adaptar a los jóvenes a un sistema desigual, sino motivarlos a cuestionarlo, proponer soluciones y buscar alternativas que mejoren sus condiciones de vida. La orientación, entonces, debe promover el pensamiento crítico, la participación y la conciencia social.

En la misma línea, Borda (1986) propone una educación participativa, donde el conocimiento se construye con las comunidades y desde sus propias experiencias. Esto implica que la orientación debe tener en cuenta la cultura, el territorio y la historia de los estudiantes. No todos los jóvenes tienen las mismas oportunidades ni los mismos sueños; por eso, orientar también significa reconocer la diversidad y valorar los saberes locales.

En la educación secundaria y media, la orientación tiene un papel importante porque los estudiantes están en una etapa en la que construyen su identidad y toman decisiones sobre su futuro. En este nivel, orientar no debe limitarse a informar sobre

carreras universitarias, sino ayudar a los jóvenes a descubrir sus talentos, fortalecer su autoestima y analizar las oportunidades reales de su entorno. Savickas (2005) señala que la orientación vocacional debe ayudar a las personas a construir su proyecto de vida, integrando sus intereses, habilidades y contexto social. Esto es especialmente importante en la adolescencia, cuando los estudiantes necesitan apoyo para tomar decisiones informadas y realistas.

Asimismo, la orientación en secundaria y media puede prevenir problemas como la deserción escolar, la desmotivación y la falta de sentido frente al estudio. Cuando los jóvenes comprenden para qué estudian y cómo la educación se relaciona con sus metas, aumenta su compromiso con la escuela.

Desde una perspectiva transformadora, la orientación en Colombia debe reconocer las realidades del territorio. Por ejemplo, en zonas rurales, orientar no debería significar únicamente migrar a la ciudad para estudiar, sino también fortalecer proyectos productivos locales, la educación técnica y las iniciativas comunitarias. De esta forma, los jóvenes pueden contribuir al desarrollo de sus comunidades sin abandonar su identidad cultural. Cuando la orientación reconoce el contexto social y cultural, los estudiantes se sienten más valorados y encuentran sentido en su educación. Esto coincide con la idea de Freire (1970), quien afirmaba que la educación debe ser un proceso de diálogo y construcción colectiva.

Tensiones entre las políticas educativas y la realidad escolar

En muchos países, las políticas educativas buscan mejorar el acceso a la educación superior y reducir la deserción escolar. En los documentos oficiales se habla de equidad, calidad y acompañamiento integral para los estudiantes. Sin embargo, en la práctica, lo que ocurre en las escuelas muchas veces es diferente. Esta distancia entre lo que se propone y lo que realmente sucede genera tensiones que afectan el trabajo del docente orientador y las oportunidades de los jóvenes.

Lipsky (1980) explica que las políticas públicas se transforman cuando llegan a la práctica, porque quienes las aplican, como los docentes, deben adaptarlas a condiciones reales como falta de tiempo, recursos limitados o exceso de estudiantes. Esto significa que una política puede ser adecuada en el papel, pero difícil de cumplir en contextos escolares complejos. Por su parte, Fullan (2007) plantea que los cambios educativos solo funcionan cuando se tiene en cuenta la realidad de las escuelas y se apoya a los docentes en su implementación.

En la educación básica secundaria y media, estas tensiones se hacen más notorias porque es el momento en que los estudiantes toman decisiones sobre su futuro. Las políticas tienden a promover la orientación socio-ocupacional, el acceso a la educación superior y la articulación con el mundo laboral. Sin embargo, problemas como el exceso de estudiantes por orientador, la falta de recursos para programas de orientación y la débil relación entre la educación media y la superior dificultan el cumplimiento de estos objetivos. Además, las desigualdades entre zonas urbanas y rurales hacen que las oportunidades no sean las mismas para todos los jóvenes. Mientras algunos tienen acceso a universidades, internet y ferias educativas, otros apenas conocen las opciones disponibles.

En Colombia, el Ministerio de Educación Nacional ha impulsado políticas para fortalecer la orientación y promover la continuidad educativa. Estas políticas buscan que más estudiantes ingresen y permanezcan en la educación superior (MEN, 2013, 2022). Sin embargo, en muchas instituciones públicas persisten dificultades como la falta de orientadores suficientes, recursos limitados y escasa participación de las familias en los procesos de orientación. Estas condiciones hacen que el acompañamiento no siempre sea constante ni personalizado (Restrepo, 2016). Las instituciones rurales y las ubicadas en contextos vulnerables enfrentan mayores desafíos. La distancia geográfica, la falta de conectividad y las condiciones económicas de las familias limitan las posibilidades de los estudiantes (OCDE, 2016). En este contexto, el docente orientador intenta responder a

múltiples necesidades al mismo tiempo, lo que genera una sobrecarga laboral que reduce el impacto de su labor en el acompañamiento integral de los jóvenes (García y Parra, 2018).

Estas tensiones muestran que las políticas educativas no deben diseñarse solo desde los niveles centrales, sino también escuchando a docentes, estudiantes y comunidades. Como plantea Freire (1970), la educación debe construirse mediante el diálogo y la participación. Cuando se tienen en cuenta las voces de quienes viven la realidad escolar, es más posible crear políticas que respondan a las necesidades reales y contribuyan a una orientación socio-ocupacional más justa y efectiva.

¿Por qué fortalecer la orientación socio-ocupacional?

A Nivel micro: La Orientación socio-ocupacional, vocación y proyecto de vida

En el nivel del sujeto, la orientación socio-ocupacional se vincula con el desarrollo humano y la construcción del proyecto de vida. Desde el enfoque de capacidades de Sen (1999), orientar implica ampliar las libertades reales de los estudiantes. Autores como Super (1990) y Savickas (2005) destacan que la elección vocacional es un proceso dinámico, influido por factores personales y sociales. En la educación secundaria, este proceso adquiere especial relevancia, ya que los estudiantes exploran identidades y proyectan su futuro.

Además, Max-Neef (1993) resalta que el desarrollo humano no se limita al ámbito económico, sino que incluye dimensiones como identidad, afecto y participación. Por tanto, la orientación debe concebirse como un proceso integral.

A nivel meso: Orientación escolar y desigualdad educativa

En el nivel institucional, la implementación de la orientación socio-ocupacional se ve mediada por condiciones organizacionales y contextuales. La sobrecarga laboral del docente orientador —quien puede atender entre 600 y 6000 estudiantes— limita la posibilidad de un acompañamiento personalizado. Desde la teoría de Bourdieu (1986),

la escuela puede reproducir desigualdades si no compensa las diferencias en capital cultural. En este sentido, la orientación escolar se convierte en un mecanismo clave para equilibrar oportunidades, especialmente en contextos vulnerables.

Asimismo, Tinto (1993) plantea que la permanencia educativa depende del sentido de pertenencia y del acompañamiento institucional. Cuando la orientación es débil, aumentan los riesgos de deserción y decisiones educativas poco informadas.

Y finalmente, a nivel macro: Políticas educativas y rol del docente orientador

Las políticas educativas en Colombia han posicionado la orientación escolar como un derecho y un componente esencial del desarrollo integral. Organismos como la UNESCO (2015) y la OCDE (2019) destacan la necesidad de sistemas de orientación robustos, con recursos adecuados y personal especializado.

No obstante, desde la perspectiva de Lipsky (1980), las políticas públicas sufren transformaciones en su implementación debido a las condiciones reales de los contextos institucionales. En este sentido, el docente orientador actúa como un “agente de calle”, adaptando las políticas a escenarios caracterizados por limitaciones estructurales.

Asimismo, Fullan (2007) advierte que las reformas educativas fracasan cuando no consideran las dinámicas internas de las instituciones. En consecuencia, la orientación socio-ocupacional en la educación secundaria en Colombia enfrenta el reto de traducir lineamientos normativos en prácticas efectivas.

En conclusión, entre las tensiones entre políticas educativas y realidad escolar, la principal problemática identificada es la brecha entre política e implementación. Aunque las políticas, en teoría, promueven equidad y acompañamiento integral, en la práctica persisten limitaciones estructurales.

Factores como la escasez de recursos, la sobrecarga laboral, las desigualdades territoriales y la débil articulación entre niveles educativos generan una implementación

parcial de la orientación socio-ocupacional. En contextos rurales y menos favorecidos, estas tensiones se intensifican, limitando el acceso a oportunidades educativas y laborales.

La orientación como herramienta de transformación social desde una perspectiva crítica, la orientación puede convertirse en un mecanismo de transformación social. Freire (1970) plantea que la educación debe generar conciencia crítica y capacidad de transformación.

En este sentido, la orientación no solo informa, sino que empodera, promueve participación, reconoce el contexto y fortalece proyectos de vida con sentido, lo que implica superar enfoques asistencialistas y avanzar hacia una orientación situada y contextualizada.

Conclusiones

La orientación socio-ocupacional es fundamental para que la educación sea más justa y ofrezca verdaderas oportunidades a todos los estudiantes. No se trata solo de orientar sobre qué estudiar, sino de acompañar a los jóvenes para que comprendan su realidad, reconozcan sus capacidades y tomen decisiones que den sentido a su vida.

En la educación básica secundaria y media, este proceso es especialmente importante porque es una etapa en la que los estudiantes definen su camino. Cuando reciben orientación adecuada, tienen más posibilidades de continuar estudiando, evitar el abandono escolar y construir metas posibles según su contexto.

En las instituciones públicas de Colombia, la orientación cobra aún mayor valor debido a las desigualdades sociales que afectan a muchos jóvenes. Por ello, es necesario fortalecer las condiciones de trabajo de los docentes orientadores, disminuir la sobrecarga laboral y reconocer su papel dentro de la comunidad educativa. Sin estos cambios, la orientación difícilmente podrá cumplir su propósito.

También es necesario que las políticas educativas se conecten con la realidad de las escuelas. Escuchar a docentes, estudiantes y familias permitirá diseñar acciones más pertinentes y efectivas. La orientación debe responder a las necesidades reales de los territorios, respetando la diversidad cultural y promoviendo oportunidades tanto en contextos urbanos como rurales.

Fortalecer la orientación socio-ocupacional es invertir en una sociedad más equitativa. Cuando los jóvenes reciben acompañamiento oportuno, pueden ampliar sus oportunidades, participar en el desarrollo de sus comunidades y construir proyectos de vida dignos. El docente orientador, en este proceso, es un actor clave para hacer de la educación un camino de inclusión, esperanza y transformación social.

Referencias

- American School Counselor Association. (2019). Modelo nacional de la ASCA: Un marco para programas de orientación escolar (4.^a ed.). ASCA.
- Borda, O. F. (1986). Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (1986). Las formas del capital. En J. Richardson (Ed.), Manual de teoría e investigación para la sociología de la educación (pp. 241–258). Greenwood.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (2005). Una invitación a la sociología reflexiva. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.
- Fullan, M. (2007). El nuevo significado del cambio educativo (4.^a ed.). Teachers College Press.
- García, M., & Parra, J. (2018). Orientación escolar y equidad educativa en contextos vulnerables en Colombia. Revista Colombiana de Educación, (75), 215–234.

- Lipsky, M. (1980). *Burócratas de nivel de calle: Dilemas del individuo en los servicios públicos*. Russell Sage Foundation.
- Maslow, A. H. (1954). *Motivación y personalidad*. Harper & Row.
- Ministerio de Educación Nacional. (2013). *Lineamientos de orientación escolar*. MEN.
- Ministerio de Educación Nacional. (2022). *Informe de bienestar escolar y permanencia educativa*. MEN.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. (2016). *La educación en Colombia: Revisión de políticas nacionales de educación*. OCDE.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. (2019). *Estrategias para la orientación profesional y la transición escuela-trabajo*. OCDE.
- Repetto, E. (2002). *Orientación educativa e intervención psicopedagógica*. UNED.
- Restrepo, L. (2016). Orientación escolar y permanencia educativa en instituciones públicas colombianas. *Revista Educación y Desarrollo Social*, 10(2), 45–60.
- Sandoval, C. (2015). Orientación escolar y prevención de la deserción en contextos vulnerables. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 13(2), 89–105.
- Savickas, M. L. (2005). La teoría de la construcción de la carrera y el asesoramiento vocacional. En S. D. Brown & R. W. Lent (Eds.), *Desarrollo de la carrera y asesoramiento: Poner en práctica conceptos y teorías* (pp. 42–70). Wiley.
- Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*. Planeta.
- Super, D. E. (1990). Un enfoque del desarrollo del curso de vida para la elección y el asesoramiento vocacional. En D. Brown & L. Brooks (Eds.), *Elección de carrera y desarrollo* (2.ª ed., pp. 197–261). Jossey-Bass.
- Tedesco, J. C. (2012). *Educación y justicia social en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.

Tinto, V. (1993). Abandono de la educación superior: Una síntesis de las causas y las acciones institucionales. University of Chicago Press.

UNESCO. (2015). Replantear la educación: ¿Hacia un bien común mundial? UNESCO.